

ASUNTOS NACIONALES

### Lo que debe decirse

Porque un periódico de Madrid publicó tras atrás la noticia de que una de nuestras fábricas militares produce proyectiles, incluso de 30 centímetros, el señor ministro de la Guerra se molestó algo y aún parece que se descompuso un poco. A su entender, estas cosas no deben decirse. Con todos los respetos que nos merece el señor conde del Serrallo, ministro de guerra, en las presentes circunstancias, es para el país altas y fecundas iniciativas, los permitimos disentir diametralmente de él. Esas cosas deben saberse y hay que decirselas al pueblo español, aunque por esta misma causa las sepa el mundo entero y se ahorre así el trabajo de averiguarlas a los espías a sueldo de los Estados Mayores extranjeros. En primer lugar, porque esos espías no se detienen en cosas de este calibre, sino que van en busca de las otras más íntimas y sutiles; y en segundo lugar porque el país contribuyente lo crea que todo el monte es orégano, es decir, que sepa que no todo su dinero sirve para mantener la «merienda de negros», frase aplicada por muchos a los presupuestos del Estado, y tenga además a satisfacción de saber que en nuestras industrias militares se hace algo que vale la pena. [Así pudiéramos decir otro tanto acerca de las muchísimas cosas que todavía nos faltan!]

Por lo que a mí respecta, yo, español en mezcla de latino ni de griego, sino que iré más bien a ibero, he experimentado una verdadera satisfacción al saber las cosas que ese periódico ha echado a volar, pues una de mis preocupaciones consistía en pensar cómo y en dónde tendrían que reponer los nuevos acorazados *España*, *Jaime I* y *Alfonso XIII* las municiones de su artillería de grueso calibre si se vieran en el caso de agotarse. Esta reflexión habríansela hecho sin duda más de a mitad de los españoles, pues todos ellos saben que esos recientes buques llevan artillería de ese calibre, y es mucho mejor que sepan que fabricamos en España esas municiones, que si tuvieran que pensar que las compramos al extranjero. Mucho peor que eso es saber que esos hermosos buques no tienen en el Mediterráneo ni dique español donde, llegado el caso, pudieran reparar sus averías.

De modo, que el señor ministro de la Guerra no debería de molestarse por cosas que sirven de satisfacción a los españoles todos y de legítimo orgullo a sus subordinados, sino, al contrario, regocijarse de que, sin necesidad de que él las diga, el pueblo las sepa, ya que una de las causas principales del menoscabo de los sentimientos patrióticos y los ideales nacionales tiene su raíz en la conciencia de nuestra indefensión y de nuestra debilidad. Tenga por seguro el señor ministro que si el pueblo español supiera el día de mañana que en Trubia ó en otra parte fabrica el ramo de Guerra cañones de 45 centímetros, respiraría con más desahogo y llevaría más alta la frente y aún es probable que prestara más atención a las reformas que parece se están preparando en el ministerio de la Guerra, que a todas las demás cosas y cositas de nuestra desnebrada política; bastante más que a la unión ó al divorcio de los diferentes grupos liberales.

Precisamente, España, de lo que está sentenciada es de eso: de afirmaciones, de obras, de hechos, de algo que no sea pura y gárrula palabrería, y sobre todo hoy, que por la triste experiencia de sus vecinos de Europa, sabe lo que vale y significa para una nación la organización militar y cuánta es la importancia del ejército para la vida del Estado, todo lo que pueda servirle de aliento y satisfacción constituye una buena obra.

No importa que los Estados Mayores de toda Europa y América tengan conocimiento de los progresos de nuestra industria militar. Lo malo sería que éstos no existieran ó que fueran ineficaces; pero si ello es cierto, alabado sea Dios, que cuando más fueres nos vean con más cuidado se tentarán la ropa antes de tocar á nada que afecte á nuestra integridad, á nuestro honor ó á nuestro interés.

En un libro que tenemos á la vista, hablando de España dice el célebre tratadista alemán von Bernhardi, después de haber manifestado que podemos en pie de guerra 327.000 hombres: «La movilización está tan mal organizada que se necesitaría un mes para poner en campaña de 70 á 80.000 hombres.» Que se diga esto—equivocadamente á mi entender—es bastante más perjudicial á nuestros intereses, en España y fuera de España, que si ese libro, de fama universal y traducido á todos los idiomas, dijera que nuestra organización militar es la más perfecta del mundo.

Y aun opinamos más: opinamos que precisamente donde deben saber las fuerzas con que contamos es en el extranjero. No deben conocerse, eso no, las cosas y pormenores que constituyen los verdaderos secretos del poder militar: los inven-

tos propios y las mejoras de los inventos ajenos, nuestros planes ni los planos de nuestras fortificaciones, finalmente, lo que es esencial para desconcertar, en la ofensiva ó en la defensiva, á los eventuales enemigos. Pero lo demás, lo que es común á todos los ejércitos y de dominio universal, es conveniente que se diga y que se sepa, pues ganaremos tanto más en consideración, crédito y respeto ante los demás cuanto mejor armados nos vean. No hubiera empleado M. Caillaux su depreciativa frase respecto de España y en pleno Parlamento, si no hubiera sabido que necesitábamos un mes para poner 80.000 hombres en campaña, ni se nos hubiera disputado la ocupación de Tánger, ni arrancado tantas concesiones de Marruecos. Hay que decir la verdad, toda la verdad: incluso para concertar tratados de comercio se necesita el poderío militar y para no tener que ponerlo á prueba á cada instante, conviene y con ello basta, que las naciones tengan conocimiento de las fuerzas militares del Estado con quien contratan. Porque llegan casos, y en España han ocurrido indudablemente, en que la amenaza, encubierta ó no, de la enemistad de una poderosa potencia doblega la voluntad más firme y tiene que sucumbir el más débil rebajando las tarifas arancelarias. Esto lo ignoran muchos y aun suponen que el interés del comercio y de la industria están en pugna con los armamentos; pero no es cierto: en las reformas arancelarias, pesa más que la habilidad de los ministros de Hacienda, la amenaza más ó menos velada de un diplomático, detrás del cual, siempre, absolutamente siempre, asoman las siluetas de los cañones y acorazados. Porque—y ya que en ello estamos permitásenos una digresión—no hay que poner en los cuernos de la luna á la diplomacia tal ó cual y atribuirle méritos que no son suyos ó por lo menos no lo son exclusivamente.

Todos hemos rendido tributo de admiración á la diplomacia inglesa que en otros tiempos con otros Estados y ahora con Alemania ha sabido tejer alrededor de sus adversarios redes de intereses tan extensos y tan fuertes, arrancando ahora, incluso á Italia, de una alianza de treinta años; pero no tenemos en cuenta que la verdadera diplomacia inglesa reside en las formidables escuadras que podían cortar en un día todas las vías que nutren el comercio y la vida entera de Italia y arrasar en el extensísimo litoral las más hermosas y ricas ciudades italianas. Grandes diplomáticos fueron algunos de nuestros reyes de Aragón y Cataluña y especialmente Fernando el Católico, y Richelieu, Metternich y Bismarck; pero detrás de ellos asomaron siempre las lanzas, las navas y los cañones, y en cambio pondría yo la mano en el fuego sin temor de equivocarme, sosteniendo que ni todo el *Foreign Office* trasladado á España mudaría de sitio la menor de las arrugas que presenta la faz del mundo. Y lo que mejor lo prueba es que todos los días, respecto de unos ó de otros, presenta reclamaciones nuestro ministerio de Estado á los beligerantes—y si no lo hace debería hacerlo—y nadie lo sabe ni nadie se toma la molestia de averiguarlo, y esto no porque el marqués de Lema sea más ó menos apto, sino porque detrás de él no hay una nación poderosa y temible. Pero apenas frunce el ceño Mr. Lansig ó Mr. Wilson parpadea, todo el mundo se agita, gimen las prensas, los telégrafos están en permanente función, Europa entera se estremece, y es sencillamente que apoyando las intenciones y las palabras de esos señores está á punto de formarse en línea de batalla la segunda ó tercera flota militar del mundo.

De modo que no tiene razón el señor ministro de la Guerra al molestarse por esas revelaciones. Cuando llegue «la hora tremenda de la paz», si por acaso somos llamados á intervenir en las negociaciones, será mucho mejor que sepa la diplomacia congregada en Londres ó en Berlín ó donde sea, que España cuenta con una industria militar suficiente, que si creyera lo contrario; y si amén de esto pudiera demostrar España que puede movilizar en un mes, no 70 ó 80.000 hombres, sino 500.000 bien armados, bien instruidos, bien equipados y bien dirigidos, cada una de las palabras de nuestros representantes adquiriría una autoridad mucho mayor, autoridad que disminuirá ó aumentará á medida que merme ó aumente el número, importancia y eficacia de nuestros recursos militares.

Y en cuanto á la nación, yo fío que si de cuando en cuando pudieran dársele noticias como esa, cobraría ánimos y confianza en sí misma y con ello ocurriría tal vez alguno de los fenómenos que en otros pueblos se han dado; que junto con el resurgimiento del poderío militar brotara el económico y se desvelarían muchas iniciativas que hoy parecen muertas. Y no no hay que olvidar, por último, que el tratado de París se firmó bajo la amenaza de la escuadra de Watson; pero esta amenaza no hubiera sido suficiente si no hubiera existido en el pueblo y en los políticos la conciencia de nuestra debilidad. ¡Cuántos millones nos costó entonces y cuántas vergüenzas el saber que no tenían nuestros puertos cañones de 30 centímetros!

ANGEL RUIZ Y PABLO

### Cotidianas

Pocas cosas hay bien repartidas en este mundo. Esto lo oímos decir á todas horas. Esto es una verdad como unas cosas y no de las baratas. Y no me refiero precisamente al pícaro dinero, pues aun que nosotros los «plumíferos» solemos andar siempre á trompazos con él, aun hay algún infeliz que recogerá nuestras colillas.

Si refiriérase á esto sostengo que la mayor parte de las cosas están muy mal repartidas. Sólo citaré aquí un ejemplo, puesto que dispongo de poco espacio y tú, lector, tal vez de poco tiempo. ¿Te acuerdas de aquellas famosas vallas, que se colocaron «provisionalmente» en la plaza de Tetuán para preservar la primera y hasta ahora única piedra de cierto monumento que está todavía en proyecto? Seguramente te acordarás y también tendrás memoria de que costó Dios y ayuda al vecindario el hacer quitar de allí aquel estorbo.

Escarmentados ahora los vecinos del Paseo de Gracia, cruce con la Granvía-Diagonal, se curan en salud como vulgarmente se dice; esto es, abren el paraguas antes de caer el chaparrón y ya protestan por adelantado de las vallas que se supone habrán de colocarse para proteger la última piedra del monumento á Pi y Margall, la última que se ha colocado hasta ahora, se entiende. Nada, que no quieren vallas. Entre una valla ó un monumento, la elección no es dudosa; optan por el monumento. Conozco algún «fenómeno» de la tarromaquea que opina lo contrario: antes la valla, que exponerse á que le hagan un monumento.

Perdona la digresión, lector, y volvamos al «Cinco de Oros» mote con que se conoce la plaza que se llamará de Pi y Margall. Pues estos vecinos son unos vecinos filósofos, porque conocen lo efímeras que en España suelen ser las cosas que se dan como permanentes y la perennidad de lo que se hace como provisional. Temen más á una valla «provisional» que al cólera morbo.

Y en cambio ¡oh, repartidora, cuánto tardas! los vecinos del Paralelo están pidiendo desde hace dos años que se cerque con una valla cierto solar donde han ido acumulándose escombros é inmundicias de toda clase y los desahogados han tomado aquel terreno como campo de operaciones. Es una vergüenza; es otra vergüenza el que no se haya hecho caso de la petición de los vecinos; y otra vergüenza mucho mayor el que tampoco la Alcaldía haya atendido á la prensa, que ha apoyado aquella petición con centenares de gacetas.

Es aquello. Los límites de Gracia no quieren la valla con que se les amenaza y los del Paralelo no han podido obtener la que piden. Nada, que las fiebres han de estar siempre en el hemisferio opuesto del que produce la quina.

E. O.

### Quincenas musicales

#### Advenimiento de la Opera

Durante el siglo de la polifonía (la edad áurea de la música la hemos llamado, que nos dió hecho el arte moderno), alcanzó la música alta idealidad, y creció en los músicos la satisfacción del propio saber y de la fantasía popular.

Aquella elevación y esta complacencia corrian un peligro, el de desviar las corrientes naturales del buen sentido (que al fin y á la postre es el que dicta las pocas reglas sólidas y fecundas que ha de virtualizar y vivificar el arte), empujándolo hacia un idealismo trascendental repleto de risibles manifestaciones metafísicas. En España, como en otros países, los músicos se dieron á monodizar sin poner atento el oído á las formas acompañantes que los cantori a luto (en España los vihuelistas) habían aprendido por el mero hecho de escuchar la música natural del pueblo. Los tratadistas agravaron la influencia de tal dirección, y sucedió lo que era de esperar de la relajación de los estudios, provocadora de una decadencia que se dejó ya sentir en el momento mismo en que desaparecían las grandes lumbreras de la polifonía. El mismo arte de Palestrina, apenas éste acababa de espirar, fué llamado arte bárbaro, gótico. Reemplazábanlo por una polifonía á muchas partes vocales, triples, cuádruples, quintuples coros, que acusaban el empleo de grandes masas vocales é instrumentales, pero sin obtener lo que los polifonistas alcanzaban con un sencillísimo á cuatro vocal.

Buscaban un modo de *favellare in armonia*, para imitar á los griegos, decían ellos, sin conocer las obras de los grandes filósofos griegos que entonces, precisamente empezaron á traducirse. Se buscaba en todo la imitación de los griegos. Ya Cosme el Grande, muerto en 1574, había fundado una Academia platónica, y puede afirmarse que la obsesión fué tan viva en Florencia que el diálogo platónico era el modelo y la forma ordinaria de las disertaciones científicas y artísticas. A tales corrientes se unió el humanismo, decretando, que habiendo desaparecido para siempre y afortunadamente los modos griegos, no debía reconocerse otra tonalidad que la que se deducía de la escala mayor ó la menor. Así lo decretaron ellos sin conocer ninguno de los hechos que han formado la tonalidad moderna: ni la proposición de Glarus (Henricus Loris Glareanus) de aumentar de ocho á diez los tonos eclesiásticos; ni la necesidad de establecer dos nuevas escalas: ni por qué la tonalidad dórica era la preferida de los griegos; ni por qué ellos sacaban la tónica de la *mesé*; ni que en el florecimiento primaveral de las frescas *canzonette* ita-

lianias, alemanas, españolas, francesas, etcétera, del siglo XV, apareciesen armonizaciones que mal se acordaban con los modos eclesiásticos antiguos, etc. No vieron ellos, repetimos, lo que el instinto supo encontrar súbitamente, lo que la teoría musical sólo pudo conocer cuando en épocas posteriores se ha averiguado (en rigor de términos sólo en nuestro siglo). Pero ellos decretaron que en música no había más que dos modos, mayor y menor, y que todo lo demás había que sepultarlo en el olvido (y llegaron á circular disposiciones fúnebres invitando al entierro de los modos eclesiásticos). El instinto, y el pueblo, debíamos de haber añadido antes, que él fué quien conservó esos modos, que después, ahora, precisamente, han transformado, dígame lo que se quiera, todo el arte contemporáneo.

Los esplendentes astros de la música palidieron súbitamente ante el descubrimiento del nuevo principio estilístico que estaba llamado á ser el rasgo distintivo de una época nueva, y extender, presto, sobre la rozagante floración de la época pasada, un denso velo, que sólo en estos últimos tiempos de minuciosa investigación histórica, estimulada por el ansia del saber, y el culto á la verdad han intentado con gran fortuna hacer resurgir con nuevo brillo.

El trámite de la polifonía al tercer período principal de la historia de la música, realizábase poco á poco, y bien puede decirse que á tientas, por desdoblamiento ulterior de gérmenes nacidos en época anterior.

El paso decisivo para la caracterización de la tendencia nueva lo dieron las composiciones destinadas á una voz de canto á sólo (*assolo*, que decían los italianos) con acompañamiento instrumental. No dió este paso una sola persona, un artista dotado del don adivinador del hombre de genio, sino de varios contemporáneos doctos, y contados artistas, más doctos que artistas, en suma, de una verdadera cohorte de magnates que se empeñaron en reunirse y ventilar en geniales conversaciones la necesidad de hallar un medio personal de *in armonia favellare*, distinto, desde luego, del corriente y único empleado por los compositores de música eclesiástica y los madrigalistas cortesanos. El cenáculo de doctos y artistas reuniase en Florencia en casa del Conde Bardi, y más tarde en los estrados de Jacobo Corsi, durante los últimos decenios del siglo XVI y primero del siguiente.

Pretendían resucitar el drama musical griego, y ya se ha dicho que no lo conocían, pero, como se dice vulgarmente, sonó la flauta por casualidad, y les bastó el título de los dramas musicales compuestos en aquel período para creer que eran verdaderos dramas hechos y derechos griegos, y aún de origen griego, cuya música compusieron diversos compositores pertenecientes á uno ú otro cenáculo, casi contemporáneamente y tan imbuidos por idéntica tentativa que la música parece trazada por una misma mano. De aquella remoción y singular fermento nacieron el drama musical profano de Jacobo Peri (1561-1633) y *Rappresentazione di anima e di corpo* de Giulio Caccini (1550-1618 *Euridice*, el drama musical religioso de Emilio di Cavalleri, muerto en 1602; el primer Oratorio y la primera Opera. Llevaba ésta en la misma lujurante fascinación del *bel canto* y su nunca bien contenida ornamentación, los gérmenes de corrupción y estragamiento, lo mismo que el Oratorio que no podría influir en un ulterior desarrollo de las composiciones sacras. Y esto á pesar de los grandes esfuerzos de Kapsberger, Landi y Carissimi, éste suprimiendo la representación escénica del Oratorio, esfuerzos que llegaron á las grandes creaciones de Bach y de Handel, que magnifican su obra remontrándola á su forma más antigua, á aquella forma que adivinó el genio piadosamente triste de Emilio di Cavalleri. Entre tanto la ópera logra los mequinos intentos de Peri y Caccini, mequinos bajo el concepto técnico, si bien grandes en adivinación, llega Monteverdi (1567-1643) el genio musical que liberta á la ópera de su estéril ascetismo dándole toda la elevación de afectos conmovedores que sólo ha podido volver á vibrar como un eco glorioso, en nuestra edad presente, tan justiciera en esto como en la restauración de aquella áurea edad polifónica que nos dejó un tan admirable legado, inicua y olvidado años y más años.

FELIPE PEDRELL

### La mayor central eléctrica del mundo

En América, á orillas del Mississippi, en Keokuk, ha sido terminada últimamente la instalación de la mayor fábrica de electricidad del mundo, la cual igualará en potencia á la que, según un grandioso proyecto, debía recoger la energía del Rodano en Bellegarde, Francia, y cuyos trabajos han sido interrumpidos por la guerra. La caída utilizada por la fábrica americana es de 10 metros escasos y ha sido obtenida por medio de una barrera de 1.300 metros de longitud que ha creado un lago de 96 kilómetros. El tubo que lleva el agua á cada turbina tiene 12 metros de diámetro. La fábrica tiene una potencia cercana á 300.000 caballos y distribuirá la corriente por un territorio igual aproximadamente á la doceava parte de la superficie de España, ó sea en una extensión de 40.500 kilómetros cuadrados.